

SERMONES
DE
DON JOSE DE JESUS MUÑOZ
CAPILLA,

MAESTRO QUE FUÉ DEL EXTINGUIDO CONVENTO DE

SAN AGUSTIN,

Obispo electo de Salamanca y de Gerona,

TOMO I.



CÓRDOBA:

IMPRENTA DE NOGUÉR Y MANTÉ,

1841.

BERMONEZ

DE

DON JOSE DE JESUS MUÑOZ

CAPITULO

MAESTRO QUE FUE DEL EXTINGUIDO CONVENTO DE

SAN AGUSTIN

Obispo electo de Salamanca y de Orense.

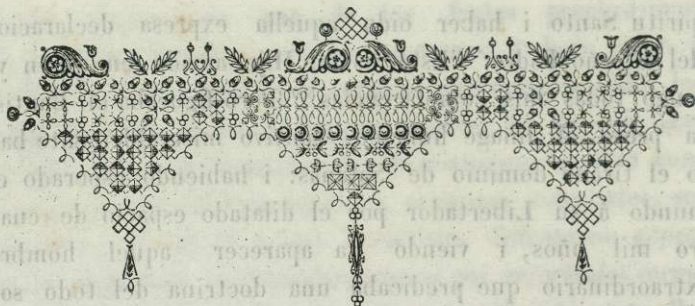
TOMO I



CÓRDOBA:

IMPRESA DE MOGÁN Y MAÑÉ

1841.



DOMINICA SEGUNDA DE ADVIENTO.



Tu es qui venturus es an alium
expectamus?

Math. c. 1. v. 5.



ARECE estraña á primera vista, Señor Ilustrisimo, esta pregunta que hace el Bautista, preso, por medio de sus discipulos á nuestro Redentor. Porque á la verdad un Varon que, encerrado en el vientre de su Madre, habia cono- cido á Jesucristo i habia manifestado desde entonces su regocijo con señales sensibles, podia des- conocerlo despues de haber visto bajar sobre él al Es-

píritu Santo i haber oido aquella expresa declaracion
 del Eterno Padre: "Este es mi Hijo amado en quien yo
 tengo todas mis complacencias"? Pero figuraba el Bautis-
 ta preso al linage humano, cautivo miserablemente ba-
 jo el tirano dominio de Satanás: i habiendo esperado el
 mundo á su Libertador por el dilatado espacio de cua-
 tro mil años, i viendo ya aparecer aquel hombre
 extraordinario que predicaba una doctrina del todo so-
 brenatural i superior á cuanto los hombres habian oi-
 do hasta allí, i que la autorizaba con milagros estupen-
 dos i numerosos, impaciente ya i como aburrido de tan-
 to esperar, pregunta al Salvador por boca de Juan que
 llevaba digamoslo así la voz comun de los hombres to-
 dos. ¿Eres, tú Señor, el deseo de los collados eternos, el
 suspirado de los Patriarcas, el anunciado por los Profe-
 tas, la única esperanza de Israel, el reparador de todos
 nuestros males i quien viene á traernos nuestra feli-
 cidad y todo nuestro bien? *tu es qui venturus es?* Espe-
 ramos en Egipto á Moises que no pudo introducirnos en
 la tierra de promision. Esperamos en el Desierto á Jo-
 sué que no nos libertó enteramente de las naciones ido-
 latras ni de sus correrias. Esperamos en Babilonia á un
 Zorobabel y á pesar de todas estas esperanzas y de to-
 dos estos Héroes, de todos los prodigios obrados por Dios
 por su ministerio todavia no ha venido á quien espera-
 mos: si no sois Vos, nos quedará otro que esperar to-
 davia? *Tu es qui venturus es an aliū expectamus?*

Tal era la voz i el voto del pueblo de Israel di-
 rigido por medio del Bautista. Nosotros, seguros ya
 de ser Jesucristo el Mesias que esperaron nuestros

Padres, gozamos en paz de los frutos preciosísimos de su primer venida; pero lo esperamos todavía como á Salvador nuestro que ha de reparar enteramente todos los daños que en nosotros hizo el pecado: ha de subyugar perfectamente al demonio: ha de extinguir nuestra concupiscencia transformándonos en criaturas celestiales, semejantes en todo al mismo Jesucristo. *Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesucristum qui reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ.* Por eso, Señor Ilustrísimo, podemos nosotros dirigir á Nuestro Redentor las palabras del Bautista. No ya preguntándole sino dándole por supuesto decirle: tu Señor, eres el que habeis de venir. Tu eres nuestra única i verdadera esperanza, de ti no de otro esperamos nuestra completa libertad i nuestra felicidad perfecta. *Tu es qui venturus es.* Esta máxima fundamental de nuestra sagrada Religión tan intimamente enlazada con la verdadera idea i la sólida práctica de la virtud de la Esperanza, segunda entre las Teologales, es muy poco conocida por la mayor parte del pueblo Cristiano i aun entre los que la conocen, son muy pocos los que la sienten. Su importancia pues i el verla tan generalmente ignorada me han decidido á hablar de ella hoy con motivo de la pregunta del Precursor. Jesucristo fué toda la esperanza del pueblo de Israel i es toda la esperanza del pueblo Cristiano. Los Judíos lo esperaban Salvador, nosotros Glorificador: en esto solo está la diferencia.

Pero antes de entrar en materia conviene explicar lo que se entiende por esperanza. La Esperanza en

general no es mas que el amor de un bien que está ausente cuando tenemos razones ciertas que nos aseguran su posesion. Por manera que comprende este afecto dos cosas distintas, la una el bien que se espera; la otra los fundamentos que tenemos para esperararlo. La esperanza cristiana tiene por objeto á Jesucristo i el fundamento de esta Esperanza tambien es Jesucristo; i así toda la doctrina que os debo dar sobre este punto se reduce á estas dos palabras á saber. Jesucristo es el fundamento de la esperanza del Cristiano. Jesucristo es el objeto de la esperanza del Cristiano. Dos proposiciones que voy á explicar brevemente con el auxilio de la Divina gracia. AVE MARIA.

Para persuadir con fruto al Cristiano de que Jesucristo debe ser el fundamento i el objeto de su esperanza se hace forzoso sondear primeramente las disposiciones de su corazon: observar los bienes que espera; los fundamentos que tiene para esperarlos, i demostrada la insuficiencia de aquellos i la poca solidez de estos, hacerle ver que Jesucristo es el verdadero bien que debe esperar, i sus méritos preciosísimos el único é indefectible fundamento en que debe estribar la esperanza de poseerlo. Pues si entramos á sondear el corazon de la mayor parte de los Cristianos, sus mismas acciones i su conducta nos responden de un modo muy semejante al que hablaban aquellos, de que trata el libro de la Sabiduría. "Está visto que el tiempo de nuestra vida es corto i su plazo es incierto i toda ella está llena de ocasiones de tristeza i fastidio; i despues

no sabemos lo que nos vendrá á suceder: vamos pues á aprovechar nuestros dias, gozando de lo que nos ofrece la edad i de los bienes con que nos brinda la fortuna: es locura dejar pasar las ocasiones que se nos presentan: mañana seremos ya ancianos i no podremos disfrutar los placeres que tenemos ahora á nuestra disposicion. A este modo vivimos entretenidos en las comodidades de una vida ociosa: en los negocios del comercio: en las pretensiones correspondientes á nuestra carrera sin esperar otra cosa que nuevos placeres, mayores ganancias, i mayores graduaciones i empleos de mayor distincion. Si yo temiese que se desmentiera ésta enumeracion que hago de las esperanzas de la mayor parte de los hombres; apelaría á su misma conducta y ésta demostraría la verdad de cuanto acabo de decir: ella haría ver por que se afanan los unos: por que otros se agitan; y finalmente que es lo que buscan todos. I si hay alguno entre nosotros que duda de si mismo i no sabe que es lo que espera: consulte su vida, sus acciones, sus pensamientos: vea donde tiene su corazon i sabrá cual es su tesoro, cual es el objeto de su esperanza. Los fundamentos de ella son la edad, la salud, la robustez, las palabras, las espresiones, las finezas y la constancia: los amigos, las promesas, el valimiento é influjo de los favorecedores i el dinero principalmente. No es mi ánimo ahora ni sería posible probar que ninguna de aquellas cosas deba esperarse, ni que ninguna de éstas sean medios racionales i suficientes para llegarla á conseguir. Porque mientras vivamos sobre la tierra necesitamos usar de los bienes criados, i por tanto podemos esperarlos i

valernos de medios oportunos para obtenerlos: así el enfermo espera la salud i busca para lograrla la medicina: el sano necesita el alimento que lo espera i se lo proporciona por el dinero: i estas i otras esperanzas con-
siguientes á nuestra actual situacion i los medios de satisfacerlas son suficientes para ponernos en posesion del bien que esperabamos. Trato de la última esperanza del corazon humano, de la esperanza de aquel bien que es causador de todos los demás bienes, de aquel bien que jamás nos puede faltar, de aquel bien que solo puede hacer nuestra completa felicidad. De una esperanza que debe durar en el corazon del Cristiano, tanto cuanto dure su vida: de una esperanza que debe dominar todas las demas esperanzas que le ocupan: de una esperanza que debe crecer de dia en dia hasta lograr la posesion del bien que se espera. I puesto que ninguno de los bienes de la tierra nos puede acompañar al sepulcro; y que ni los placeres de los sentidos, ni los tesoros, ni los amigos, ni la grandeza nos pueden preservar de mil males inevitables á que estamos expuestos: solo nos resta esperar en Jesucristo que es solo quien puede hacernos felices por una eternidad i puede endulzar con verdaderos consuelos todas las adversidades que hemos de sufrir necesariamente en este valle de amargas lágrimas. I tanto mas debemos animar esta esperanza cuanto este mismo Señor no solo nos ha dado palabra de hacerlo así; sino que en su vida misma nos mereció con sus acciones estos mismos bienes que nos ha prometido. Estos merecimientos son el fundamento de la esperanza del Cristiano: fundamento sólido

do á la verdad; porque los méritos de Jesucristo son mas que capaces de conseguirnos el bien que esperamos: porque son enteramente nuestros; porque jamás nos han de faltar. Examinemos estas tres razones que hacen toda la solidez del fundamento de nuestras esperanzas mundanas para que al paso que nos convencemos de la firmeza de aquel, nos desengañemos de la insubsistencia de los demás.

Por el pecado de nuestros primeros padres quedamos esclavos de Satanás, i condenados á penas eternas del Infierno: ignorantes i sugetos á la concupiscencia i al pecado: pero compadecido nuestro buen Padre Dios de tanta miseria envia á su mismo Hijo consustancial á él para que unido á nuestra naturaleza fuese la víctima sacrosanta que inmolada sobre la Cruz pagase por nosotros á su Eterna Justicia nos redimiese de aquella esclavitud miserable i nos restituyese los derechos que habíamos perdido á la eterna bienaventuranza. Siendo este el fin para que el Eterno Padre envió á su Hijo Dios y Hombre verdadero se colige que llenó con sus méritos el fin para que vino al mundo i que sus acciones por ser Divinas tienen un valor infinito capaz i sobreabundante para conseguirnos los bienes que nos venia á merecer. Asi por muchos i muy graves que sean nuestros pecados; por mas que hayamos abusado de la bondad de Dios: por mas que háyamos huido de sus paternales llamamientos: por que háyamos profanado estos mismos medios que nos dejó para nuestra justificacion: aunque háyamos pasado los dias floridos de nuestra vida corriendo desbocados por todos los vicios, nunca llega-

mos mal: nunca llegamos tarde, si llegamos á buscar de veras estos merecimientos que pueden tanto, que si nuestros pecados hubiesen ya manchado nuestra alma tan profundamente como el color negro cubre al Etiope ó como tiñe la cochinilla al paño, nuestra alma quedará blanca como la nieve segun la metáfora de un Profeta. No hay obstáculos que estorben á estos merecimientos surtir su efecto, sino los que nosotros ponemos de nuestra parte. Valen tanto i pueden tanto la sangre de Jesucristo i sus méritos que si por ellos tuviera el Eterno Padre otra cosa mas excelente que darnos que la Gloria que nos ha prometido nos la daria sin duda, para que correspondiese la grandeza del Don al valor infinito del precio con que lo hemos adquirido.

Del aprecio con que lo hemos adquirido; porque efectivamente es adquisicion nuestra, puesto que es nuestro el precio con que le hemos hecho que son estos méritos infinitos de que vamos hablando. El Eterno Padre nos dió á su Hijo, nos dió sus méritos i su sangre preciosa, por manera, que cada cristiano puede i debe llamarlos suyos. *Propio Filio suo non percit sed pronobis omnibus tradidit illum*; i en otro lugar dice tambien S. Juan que amó el Padre á los hombres hasta el exceso de darles á su mismo Hijo *ut Filium suum unigenitum daret*. Con la donacion la mas rigurosa de él que podia hacernos. Porque á la manera que el anciano Jacob al presentarle José á los dos jóvenes Manases i Ephraim para que los bendigese en sus últimos dias, cruzando los brazos puso su diestra sobre la cabeza del menor Ephraim i la izquierda sobre el primogénito Ma-

neses, cambiando así las suertes que por los derechos de las edades les pertenecian á los dos hermanos: así el Eterno Padre cambió nuestra suerte con la de su Hijo, poniendo sobre este Señor todos nuestros pecados i nuestras penas i maldiciones, i derramando sobre nosotros las gracias i las bendiciones que pertenecian á su Hijo primogénito Jesucristo; i desde entonces ya son nuestros los tesoros inagotables de gracia i de mérito que obtuvo para nosotros Nuestro amantísimo Redentor. Podemos llegar á sus llagas i tomar su sangre i presentarla al Padre i reconvenirle diciéndole. Reconoced Señor esta sangre, ved estas llagas abiertas aun, que nos habeis dado para nuestro remedio: tus dones, Señor, no están sujetos á arrepentimiento ni vos sois capaz de quitarnos lo que una vez nos disteis. Si soy pecador, si mis pecados han traspasado en número á los cabellos de mi cabeza, i si su deformidad ha sido la mas horrorosa; esto mismo dá mayor derecho á estos méritos infinitos, pues que es mayor mi necesidad. Por mucho que os hayan ofendido i agravado mis culpas ¿cuanto mas vale lo que te honra i te complace esta sangre inocente que os ofreció, que se derramó para mi? Pero para que hemos de hablar nosotros cuando el mismo Jesucristo está hablando á su Padre á nuestro favor. Sacerdote Eterno, que habiendo entrado por medio de su sangre al santuario mismo de la Divinidad, sentado á la diestra de su Eterno Padre en el cielo, vive siempre para pedir por nosotros, adonde le manifiesta al Padre sus llagas abiertas, su costado roto, su sangre bendita que clama mejor que la de Abél en defensa nuestra. Abogado sabio,

amante por extremo de sus hermanos i de gran valimiento para con nuestro Supremo Juez. Hermano amoroso, que ha subido al Reino de su Padre i nuestro, de su Dios i del nuestro para prepararnos lugar i mansion para siempre feliz. I no solo clama desde allí por nosotros; sino que envia desde el cielo á su Espíritu Santo para que forme en nuestro corazon gemidos semejantes á los suyos á fin de que acorde su voz con la nuestra, obtengamos en él i por él esa bienaventuranza que nos ha merecido.

¿I como nos podrán faltar nunca estos méritos eternos en que se funda toda nuestra esperanza? O ¿quien nos podrá privar del derecho que tenemos á ellos? Nosotros es verdad, podemos renunciar este derecho entregandonos al pecado; pero si procuramos conservarlo ó habiendolo perdido tratamos de reclamarlo, lo hallaremos indefectiblemente, tan entero i seguro como si jamás lo hubiesemos perdido. No es este un derecho que con las edades prescribe ni la malicia de los hombres lo oscurece, ni la pobreza ni la vejez ni la enfermedad lo destruye. Ni el deseo de la vida, ni el temor de la muerte, ni los demonios llenos de envidia, ni sus potestades infernales sostenidos por los Principes del siglo ni las persecuciones, presentes ni las que nos puedan sobrevenir, ni la mas fuerte violencia, ni los artificios mas secretos i disfrazados, ni las tentaciones mas vehementes nos podrán privar del amor que Dios nos tiene por los méritos de su Hijo Nuestro Señor Jesucristo. Porque quien será osado á acusarnos renovando nuestros pecados, habiendonos ya justificado el mismo Dios por los méritos de su Hi-

jo? *Quis accusabit adversus Electos Dei? Deus qui iustificat.* Quien adelantará su atrevimiento hasta condenarnos como á reos cuando el mismo Jesueristo, que ha de ser nuestro Juez universal, ha muerto por nosotros, ha resucitado; está á la diestra de su Padre i allí ruega por nosotros incesante i eficazmente? *Quis est qui condemnet?*

Pero á mi me parece que según el orden regular de las cosas, nunca conocemos mejor la solidez del fundamento de nuestra Esperanza, el valor infinito de los méritos de nuestro Redentor, el derecho imprescriptible que tenemos á ellos i su eterna indefectibilidad, esto es, que jamás nos pueden faltar, como cuando nos vemos privados de los demás apoyos debilísimos que ilisongeaban nuestras esperanzas terrenas, cuando la vejez ó enfermedad nos fuerzan á despedirnos de los placeres sensuales: cuando nos vuelve las espaldas el mundo i sufrimos las ingraticudes de los amantes, el olvido de los amigos, el abandono i desprecio de nuestros protectores, y la persecucion de los hombres; cuando uno de aquellos trastornos que no son raros nos ha privado de los caudales i de los bienes ántes á nuestro parecer imperdibles, i nos hallamos reducidos á extrema pobreza, reducidos á tan deplorable estado en que unos mas i otros menos nos hemos de venir á ver mas pronto ó mas tarde: entonces *ubi sunt Dii tui in quibus habebas fiduciam?* Que se han hecho aquellas palabras, aquellos obsequios que te prometian una eterna amistad? donde ó para que te sirven ahora tus caudales i fincas: i donde han ido á parar aquella turba servil de adulado-

res necios, que con el humor de sus ilusiones te cegaron para que no vieses su engañosa hipocresía? *Surgant et opitulentur vobis et in necessitate vos pretelegant.* Vueltos entonces los tristes ojos del mortal afligido á tu Cruz, oh Redentor misericordiosísimo, en ti solo halla la que ha buscado en vano por todas partes: asombrado no se si de tu infinita bondad con que lo esperaste hasta ahora i lo recibes dulce i benigno, ó de su necesidad espantosa en andar buscando por las criaturas firme apoyo de esperanzas sólidas que en ti solo hay; una suave amargura comprime i dilata su corazón i ocasiona tiernas lágrimas i suspiros hondos, que le consuelan con una confianza sin límites ni inquietudes cual él no habia experimentado hasta allí. Late tranquilo en el pecho su corazón: menosprecia el mundo cuyos engaños conoce disipados sus antiguos errores, y cuando le suponemos oprimido con el peso de los males que le rodean é inundan, él ve unos horizontes mas espaciosos que nunca; respira un aire mas libre, goza una paz tan sólida como que vos mismo lo estableceis en ella para que ninguna cosa le pueda turbar, porque comienza á esperar en Vos con una seguridad proporcionada á la infinita solidez del fundamento en que estriba, que son tus méritos y tu Cruz. *Vetus error abijt, sersevabis pacem, pacem quia in te sperabimus.* Así lo experimentó el Ladrón en la Cruz, Ignacio en la boca de los Leones y otros innumerables que no hay tiempo para citar.

Y estas últimas palabras esplican al carácter de la Esperanza cristiana, la cual nada debe tener de fluctuante ni incierto, porque su fundamento es indefectible. El

cristiano es verdad nunca está cierto ni puede estarlo, aunque puede gozar de una seguridad moral, de que vive en gracia de Dios, ni de que perseverará en ella hasta el fin, y por este respeto debe obrar el negocio de su salvacion con temor y temblor: pero debe estar seguro de que los infinitos méritos de su Redentor se han aplicado en el Bautismo; que desde entonces tiene derecho á ellos, y que siempre que los busque los tiene á su disposicion: siempre se le manda que espere, y que espere seguro i cierto, i no puede hacer al Señor otra ofensa mayor que titubear en su esperanza recelo: so ó de que los méritos de Jesucristo no alcanzarán á borrar sus pecados, ó que Jesucristo no ha muerto por él i de consiguiente que estos méritos no son suyos, ó finalmente que lo fueron alguna vez, pero que ya no se le han de aplicar: pecados todos que conducen á la desesperacion que es el peor de todos los males, y hieren el atributo de que Dios mas se precia que es su misericordia.

He hecho ver que los méritos de nuestro Redentor Jesucristo son el fundamento sólido de nuestra esperanza, resta demostrar que este mismo Señor es un objeto y su fin. El Apostol San Pablo nos dice que apareció en el mundo la gracia de nuestro Salvador para todos los hombres enseñandonos á renunciar la impiedad y los deseos de las cosas terrenas, i vivia así con templanza, justicia i piedad, fomentando en nuestros corazones la esperanza feliz que es la segunda venida de la gloria del Dios grande y Salvador nuestro Jesucristo. Por donde se hecha de ver que no tiene ni puede te-

ner el cristiano otro objeto de su esperanza que Jesucristo. I en verdad solo este Señor puede llenar la esperanza del corazon humano, i solo él puede ser su objeto y su fin. Porque es bien que nos puede saciar: porque es un bien que se nos dá todo: porque es bien eterno, que son las mismas condiciones que hacen tan sólido el fundamento de sus méritos para esperar en él. Oigamos sobre lo primero á mi Padre San Agustín. ¿Que es lo que puede apetecer ó esperar el hombre de sano corazon sino la verdad, la felicidad, la justicia y la eterna vida? pues todo esto lo hálla en Cristo, porque Cristo es la misma verdad, la felicidad, la justicia i la inmortalidad bienaventurada. Dejemos á parte á los hombres que á manera de frenéticos i enfermos esperan aquello mismo que les ha de dañar, i reduciendo nuestro discurso á los que esperan con tino y juicio ¿que otra cosa, decidme, desean ó que pueden esperar sino verdad que alumbre sus entendimientos, felicidad que hinche i llene sus voluntades, justicia que les haga vivir en paz i que nunca les falten estos bienes, ni les aflija ó perturbe el temor de perderlos jamás? Pues todo esto lo tienen en Jesucristo, porque este Señor es la verdad eterna que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: la verdad universal que encierra en sí todas las verdades, la verdad sólida que no está instruida con errores ni dudas. Verdad que sola satisface nuestro deseo infinito de saber. Verdad tan hermosa que una vez conocida, todos los otros conocimientos parecen tinieblas y vanidad despreciable. Cristo es felicidad para nuestra voluntad, porque acercandose á ella aleja todos los apeti-

tos desordenados que la maltrataban, i causa con su presencia tal deleite i una hartura tan grata, que sin fastidiarla, nada le deja que desear. Cristo es Justicia, porque pone en el corazon de los suyos el amor á lo justo i lo recto para que en ningun modo perjudiquen á los demás; antes les ayuden i les socorran con sus bienes i personas en sus necesidades, i tambien es Justicia i es vida eterna, porque al fin de este destierro nos ha de colocar en su reino, reino de justicia de paz i de gozo para siempre abundante é igual. En que pensamos m. a. h. cuando deseamos ó esperamos otra cosa que á Jesucristo? Todo saber que no es Jesucristo ó que no nos conduce á él i cuan insípido es i cuan inutil para proporcionarnos algun bien verdadero! I estos placeres i pasatiempos tras que tanto correis, mirad cuánto estragan i envilecen el corazon: pues á quien no habrán ya dado en cara tanta injusticia como se toca por todas partes? I si las conoce i las aborrece, porque seguir poniendo en el fayor de los hombres su confianza? Hemos visto tambien morir opulentos dejándose aqui sus tesoros yendo dormidos á la Eternidad. Pues á cuándo esperamos para aprovecharnos de estos desengaños? *Usquequo gravi corde ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium?* Por que no ponemos toda nuestra esperanza en aquel Señor que es en quien se encuentran todos cuantos bienes se pueden esperar i que es para cada cristiano todos estos bienes por que es de cada uno tan enteramente como de todos juntos? *omnia et in omnibus Christus*: otra cualidad por la que es digno objeto de nuestra esperanza.

Por que á los bienes criados por su limitacion les sucede que no pueden ser de muchos á un mismo tiempo, ó si lo son, no gozan de el bien los unos, lo que gozan los otros; sino cada uno disfruta su porcion solamente: de donde resulta verse frustradas á cada paso las esperanzas de los hombres, porque esperando muchos un mismo bien, uno solo lo alcanza: i nacen tambien mil discordias cuando poseyendo muchos una misma cosa, alguno se escede á tomar mas parte que la que le toca. Pero Jesucristo sin causar enojos, ni zelos, ni envidias, antes uniendo con lazos dulcísimos de amor á los que le esperan se entrega á cada uno tan completamente como si se entregara á él solo; i por eso todos pueden esperar en él sin temor de que por darse á los unos haya de faltar á los otros, sino que dando-se á todos sus escogidos esta misma liberalidad suya aumenta la satisfaccion de cada uno, por que se goza de poseer á Cristo i de que le gozen i posean los demás. I sucede así, por que cada bienaventurado conoce que á él nada le falta i que tiene todo cuanto puede apetecer, al paso que sus felices compañeros disfrutan esos mismos bienes que á él le hacen feliz? No habéis visto como el sol esparce sus rayos por toda la tierra i da á cada planta i cada animal el calor i la luz necesaria para su vivir, sin que la porcion que le toca á este haga falta á aquel, mas por el contrario el mismo calor i la luz con que fertiliza á las plantas se convierten en provecho de los animales? Pues á este modo Jesucristo ilumina cada entendimiento y enciende en su amor cada corazon sin que la luz y el amor que al uno

le dá, lo heche menos el otro, sino que de la luz i de la caridad de todos se hace cada uno mas dichoso i contento. Ponderemos bien esta cualidad de Jesucristo para sentir cuanto se merece, cuan digno es este Señor de que pongamos en él toda nuestra esperanza. Examinemos por que vivimos tan estrechos en este mundo, que continuamente estamos chocando los unos con los otros i parece que no cabemos sobre la tierra: indaguemos el origen de tantas discordias i pleitos i no hallaremos otro si lo apuramos bien que el poner nuestra esperanza en objetos mezquinos que no alcanzan á proporcionarnos las ventajas que de su posesion nos habiamos prometido: en objetos limitados que se lo llevan otros quedando malogradas cuantas diligencias habiamos puesto para conseguirlos: en objetos mudables i transitorios que hoy nos prometen mucho i mañana se mudan ó perecen i nos dejan de nuevo en nuestra pobreza i necesidad. Pero esperando á Jesucristo hallaremos en él mucho mas de lo que esperabamos: todos cuantos en él esperen lo hallarán i poseerán completamente sin perjudicarse los unos á los otros, i nadie será capaz de privarlos del gozo de poseerlo ni jamás Jesucristo se apartará de ellos; antes unido á ellos los hará felices por una eternidad. *Et gaudium vestrum nemo tollet á vobis*: tercera cualidad: Jesucristo es bien eterno i por eso es digno objeto de nuestra esperanza. Por esclentes que sean las cosas que esperamos ninguna lo es tanto que poseida no nos deje mas que esperar. Sin embargo de que muchas veces decimos que en llegando á conseguir esto que ahora espero nada

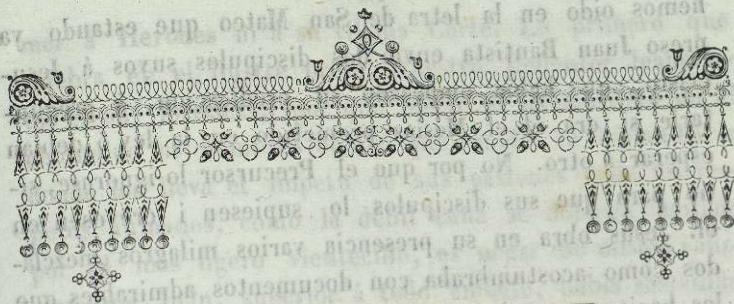
me queda que apetecer: estamos viendo que conseguido, nace otra esperanza de nuevo que es origen de nuevas inquietudes, i así es como debe suceder por que conseguido aquel bien aun que llene al parecer todas las medidas de nuestro corazon, vemos que tarde ó temprano nos han de llegar á faltar, i es preciso discurrir que será de nosotros cuando nos falte: que otro bien podrá entrarlo á sustituir, i comenzar á esperararlo i á poner diligencias para su logro. Por eso ninguna de las cosas creidas puede ser objeto de nuestra principal esperanza i solo lo es Jesucristo, bien eterno que en llegandolo á poseer no nos puede faltar jamás. Esta proposicion mas es para meditada que para probada, mas bien se conoce con la voluntad que con el entendimiento. Aquellas palabras del símbolo *cujus regni non erit finis* con las que tanto se regalaba la Santa Madre Teresa de Jesus, ¡cuanto dilatan el corazon de los que esperan tener parte en este Reino eterno con Jesucristo! No hay duda que se vive con mas desahogo mientras son mas grandes nuestras esperanzas, i así vemos que los que esperan grandes bienes y los esperan con seguridad viven tranquilos, manifestando hasta en su semblante i en sus palabras que tienen bien puesto, como decimos, su corazon. Ved ahora cual es la tranquilidad i la paz, la libertad de espíritu i presencia de ánimo de los que esperan á Jesucristo. A mi me admira i me enternece la valentia con que habla i obra aquel anciano Eleazaro i los siete Jóvenes i la Madre de que se nos habla en el libro de los Macabeos, de los cuales el primero como ya le hubiesen arrancado to-

do el pellejo de la cabeza i cortado las estremidades de manos i pies, i puesta en una caldera hecha ascua á vista de su madre i hermanos, les decia con ellos al tirano cruelísimo. "El Señor verá la verdad i hará justicia; i no solo nos recompensará estos tormentos que nos hacen sufrir con gozos indecibles i eternos, sino que se consolará con nosotros como lo ha prometido": á la manera que se consuela i complace un padre ó una esposa tierna al ver á su esposo recrearse con el sazonado alimento i descansar en el mullido lecho que su amor le previno.

A ese modo Jesus, que se llama muchas veces Esposo amantísimo de nuestras almas, al despedirse de sus Discipulos en la última cena i brindarles con el caliz precioso de su bendita sangre les juró á ellos i á todos sus escogidos que iba á prepararles el Reino dichoso sin fin i el banquete espléndido que su mismo Padre le tenia aparejado despues de su pasion i de su muerte, para que comiesen i bebiesen con él á una misma mesa pasados los trabajos de esta penosa vida: *ut edatis et bibatis in ménsa mea*. Al eco de esta infalible promesa que resuena continuo en los oidos de la Santa Iglesia, corresponde el Espíritu y la Esposa diciendo: cuando amado mio, cuando llegará el dia en que se cumpla lo que me has prometido i tenga fin mi larga esperanza que tanto dilatais. *Et Spiritus et sponsa dicunt veni*: i los hijos de esta tierna Madre, viuda por la ausencia de su Esposo Divino, oyendola clamar como ahora lo hace en sus oraciones, movidos á los mismos deseos i avivando su única esperanza si son hijos

suyos i si participan de su mismo Espíritu, deben clamar con ella: ven, ven Padre nuestro, venga á nosotros tu Reino deseado, *et qui audit, dicat veni*. I el mismo Señor consuela renovandoles allá en su interior la promesa que les hizo entonces i prometiendoles de nuevo. Ya voy, no me tardo, pronto estaré con vosotros i vosotros conmigo para siempre. *Dicit qui testimonium perhibet istorum etiam venio cito*. I el cristiano le responde Amen, asi sea, no te tardes Señor. Ven Señor Jesus, *veni Domine Jesu*.





DOMINICA SEGUNDA DE ADVIENTO.



Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam?

Math. c. 11. v. 7.



A Iglesia renueva en la memoria de sus hijos en el Adviento la predicacion i ministerio del Bautista para prepararnos á celebrar digna i provechosamente la solemnidad del Nacimiento de Nuestro Redentor, así como el Santo Precursor preparaba con su egeemplo i doctrina el camino del Mesias anunciandolo al pueblo de Israel. Hoy

hemos oído en la letra de San Mateo que estando ya preso Juan Bautista envió dos discípulos suyos á Jesucristo, que habia empezado su predicacion, á preguntarle si era él el Mesias prometido en la ley ó debian esperar á otro. No por que el Precursor lo ignorase, sino para que sus discípulos lo supiesen i creyesen en él. Jesus obra en su presencia varios milagros mezclados como acostumbraba con documentos admirables que los hacian provechosos á todos i les contesta: id i decidle á Juan lo que habeis oído i lo que habeis visto: los ciegos ven, los cojos andan sueltos, los leprosos se encuentran limpios, los sordos oyen i aun los muertos resucitan, i estos prodigios los tocan i publican las mismas turbas, i dichoso aquel que no tome motivo de ellos para escandalizarse. Retiraronse los discípulos del Bautista convencidos de la divinidad de Jesucristo, i este Señor volviendose al pueblo que lo rodeaba, de los cuales muchos habian ido al Jordan á oír al Precursor, les decia. ¿Que fuisteis á ver en el desierto? Visteis allí alguna caña zimbrandose hácia donde la movia el viento?

Cortemos aquí la letra del Evangelio puesto que de estas últimas palabras me he propuesto deducir las instrucciones que me han parecido mas conducentes á nuestro espiritual aprovechamiento. Jesucristo que habia venido para dar testimonio á la verdad, esto es para anunciar la verdad pura, sin rebozo ni respetos humanos, tributa al Bautista los elogios debidos á su virtud, declara su mérito sublime i la grandeza de su ministerio, que lo hace el mayor de todos los Profetas i dá este testimonio la vispera del martirio de su Precursor, sin te-

mer á Herodes ni á su villana Côte. Lo primero que celebra en el ilustre preso Nuestro Redentor Jesucristo es su fortaleza; por que decir si habian visto en él alguno de los hombres débiles que tímidos se doblan hácia donde los lleva el ímpetu de sus pasiones ó de los respetos humanos, como la débil caña se doblega agitada por el mas ligero vientecillo, es negar eso mismo i afirmar que Juan, superior á todo embate, habia sostenido con heroica fortaleza su caracter hasta la muerte.

Pues esta virtud tan necesaria principalmente en los Ministros del Evangelio, en los Predicadores, lo es tambien para todo Cristiano, i aun en cierto sentido es ella una calidad sin la cual no puede haber virtud ninguna que sea sólida i duradera; por que como todas las virtudes están espuestas á recios combates de parte del mundo, del demonio i de la carne, ninguna puede durar mucho en un alma débil, en un alma que no sea fuerte, firme i constante. Que aun por eso nos decia pocos dias há el Venerable Beda: que la virtud de la fortaleza era la que nos abria las puertas de la Bienaventuranza. *Hujus nobis ianuas aperiet fortitudo*. Asi que no hay castidad sin fortaleza, no hay justicia sin fortaleza, no hay prudencia, no hay fé, no hay religion en una palabra, si no está sostenida por la fortaleza.

De la fortaleza en la fé, en la religion es de lo que os voy á hablar en este breve rato, para darle mas nervio i mejor esplicacion á mi doctrina ciñendola á este único punto; y pues que me parece muy oportuna é interesante. Son muy poderosos y muy tenaces los ene-

migos que combaten nuestra fé i nuestra religion, i por consiguiente necesitamos vigor i fortaleza para conservarlas resistiendo sus ataques i tentaciones. En nosotros mismos reside un gérmen de incredulidad que está continuamente luchando con la fé i debilitandola. En el mundo se encuentran ejemplos i se oyen discursos que pugnan con la religion que profesamos i nos inducen insensiblemente á mirarla con indiferencia y aun con desprecio. I el demonio se ocupa en analizar estos intentos de la carne y del mundo para reducir nuestra fé i nuestra religion á un mero simulacro ó fantasma. Detengamonos pues á descubrir i conocer tan astutos i tan peligrosos ataques, i buscar las armas con que los debemos vencer para conservar viva nuestra fé i sincera nuestra religion: para que no seamos Cristianos de teatro, cañas débiles dobladas al impulso de esos vientos malignos, sino Cristianos fuertes, Cristianos por de dentro i por fuera, Cristianos por honor i por deshonor *per infamiam et bonam famam*, esto es Cristianos cuando nos vemos honrados por serlo lo mismo que cuando esta profesion nos haga aparecer ridículos i menguados delante de los hombres. Confiado en los auxilios de la divina gracia, entremos ya en el exámen de tan importante materia. Virgen Santísima, por vuestra intercesion los pedimos á vuestro Divino Hijo, saludandoos con el Angel

AVE MARIA

Existen en nosotros y viven con nosotros unos sentimientos incesantes é irresistibles, mas diré verdaderos, los cuales malamente aplicados á la formacion de

nuestros juicios influyen insensiblemente en la fé debilitandola y apagandola poco à poco. Son como unos principios de los que abusando nuestra razon viciada deduce consecuencias siniestras, opuestas á las verdades que la fé nos enseña, y la fuerza de estos sofismas nos hace incredulos casi sin advertirlo. Sentimos en primer lugar en nosotros una fuerza, independiente de otra ninguna fuerza exterior, con la cual vivimos i somos i nos movemos sin necesidad de ningun auxilio como lo han menester otros seres para ecsistir i obrar, i de aqui deducimos que somos independientes, desconocemos la accion de la primera causa, i nos persuadimos que podemos hacer nuestra felicidad, asi como podemos comer i dormir i ejercer todas las demas operaciones encaminadas á nuestra propia conservacion. En vano es pues recurrir á Dios por auxilios: está demás eso que se ha llamado gracia: el hombre puede todo lo que debe, i debe todo lo que contribuye á su felicidad. Este sentimiento convierte al Cristiano en Estoico orgulloso, en Pelagiano soberbio i pertinaz.

Existe en nosotros un sentimiento ¡cosa maravillosa! opuesto á aquel primero; i verdadero tambien como aquel en cierto sentido, el sentimiento de nuestra flaqueza, de nuestra debilidad: sentimiento que nos avisa de continuo el término que ha de tener nuestra existencia fragil i deleznable: i como tocamos por la experiencia las mismas alteraciones en nuestras facultades materiales que en las espirituales i que el pensamiento tiene como la tiene el cuerpo su infancia, su robustéz, i su decrepitud, inferimos de ahí que todo se acaba á

un mismo tiempo que se evapora el alma como se desprenden los gases en las descomposiciones de los cuerpos, i que todo eso de la vida futura es una novela sancionada por el interés de unos i la pusilanimidad de otros. I he aqui como los sentimientos naturales del hombre mal entendidos tienden á convertir al cristiano en Epicureo materialista.

Que contradicción tan lastimosa! Estoicos i Epicureos á un tiempo mismo: orgullosos por el sentimiento de nuestras fuerzas: Epicureos por el sentimiento de nuestras flaquezas i de nuestro fin. Ved aqui como estos dos sentimientos naturales, indelebles en el hombre, pugnan con la fé i derrocan las verdades que son su principal cimiento; pero aun la combate tambien otro no menos fuerte i perjudicial: porque obligados, mientras el alma vive aqui unida á estos cuerpos, á conocer las cosas por medio de los sentidos, solo tenemos por reales i verdaderos objetos los que los afectan: i aun cuando sepamos que ecsisten otros, sino obran en nuestros sentidos es muy débil la impresion que hacen en nuestro espíritu. De aqui que empapados en la contemplacion i goze de estas cosas que vemos i tocamos, apenas podemos concebir las que la fé nos enseña que existen. Aqui todo es sucesion, allí todo eternidad: aqui todo material i corporeo: allí todo espiritual é invisible. De aqui la pugna continua de la fé i de los sentidos, en la cual todas las fuerzas de la naturaleza están por estos; i por consiguiente apagan i sofocan la fé, si no resistimos con fortaleza sus vivas i continuas impresiones.

Para pelear con fruto i contrarrestar estos sen-

timientos que combaten incesantemente nuestra fé, basta solo que nos acostumbremos á pronunciar con la debida reflexion la primer palabra de la oracion que Jesucristo nos enseñó: ¡Padre!. Cuando el Espíritu Santo nos la hace pronunciar con nuestros labios al mismo tiempo que nos hace sentir que somos sus hijos, cuando nos hace decir ¡Abba Pater! ahí tenemos el escudo mas inexpugnable de nuestra fé en el que se mellan i destruyen todas las armas de sus enemigos. Por que si Dios es nuestro Padre, si nosotros somos sus hijos, luego dependemos de él como el hijo depende de su padre; si Dios es nuestro Padre i nosotros somos sus hijos: luego tenemos un Padre que no vemos i una herencia i un reino que no alcanzan nuestros sentidos. Hagamos aplicacion mas inmediata de estas verdades.

Estamos viendo á cada paso á un parvulito, á un infante con qué ternura invoca á sus padres en sus necesidades, en sus peligros: con cuanta confianza convencido de su debilidad se acoge á él para que lo defienda, le pide cuanto ha menester i él por si no puede adquirirse. A ese modo nosotros resistiendo la falsa seguridad i la confianza vana que nos sugiere el sentimiento de nuestras fuerzas, reconociendonos mucho mas débiles con respecto á Dios, que lo es aquel niño con respecto á su padre, invoquemos á nuestro Padre Dios confesando nuestra dependencia de su poder, i confiando en su bondad i su amor. Este Señor es nuestro Padre que nos crió á su imagen i semejanza: él no es semejante á nosotros en cuanto al cuerpo: luego le somos semejantes en cuanto al alma: alma espiritual como ál

espíritu purísimo é inmortal, por que no es capaz de corrupcion ni él ha de aniquilarla. Oculta sí en este cuerpo i que parece crecer i morir con él como se encubria el Verbo del Padre bajo la forma de hombre i aparecia crecer en sabiduria i en gracia, i padecer i morir como los demas hombres. I esta refleccion avivará la fé de la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma cada vez que invoquemos á Dios llamandole Padre i destruirá las sugestiones de la carne mortal que todo quiere llevarlo por un rasero. Finalmente si somos hijos del Padre celestial, somos por consiguiente sus herederos i herederos que entramos á la parte con su Hijo consustancial Jesucristo, herencia no carnal ni terrena, sino herencia que nos tiene reservada en el cielo. Entre tanto que entramos á poseerla vivimos desterrados en este valle de lágrimas, pasamos jornadas de aflicciones i de penas como peregrinos: y siendo dueños y señores de estas cosas visibles nos sujetamos á ellas en triste servidumbre *nil differt á Servo cum sit Dominus omnium*.

Ved hermanos y refleccionad cuanto es el amor que nos tiene Dios: hasta que extremo nos ha amado, no solo ha querido que le llamemos Padre, sino que nos llamemos i seamos sus hijos: *filií Dei nominemur et simus*: aunque no consustanciales á él como Jesucristo; pero de su mismo linage, como dice San Pablo, canonizando el dicho del Poeta *ipsius enim et genus sumus*: sin dividir con nosotros su esencia una é indivisible, nos dió el ser i la vida allá en el vientre de nuestras madres, crió nuestras almas i estendió nuestra piel i cua-

jó estas carnes i formó i trabó nuestros huesos ligandolos con músculos i nervios, de cuyo admirable artificio resultó esta maravillosa máquina sin tener parte en ello los padres de nuestra carne, sin saber ellos la obra del Señor como lo confesaba aquella muger admirable, la madre de los Macabeos. Esta palabra padre, tan verdadera, tan consoladora, ella sola bien dicha i bien sentida, hermanos mios, es capaz de avivar nuestra fé despertando en nosotros nobles i generosos sentimientos que desmienten los bajos i viles á que nos arrastra la ignorancia i flaqueza de nuestra carne.

Os decia al principio i lo repito ahora, que ademas de los ataques que sufria la fé, de la carne sostenida por el demonio, padecia nuestra religion una contradiccion mas ó menos descubierta, pero siempre muy peligrosa, del mundo animado por su principe Satanás. Nunca este pudo hacer las paces con Cristo: i mientras la Iglesia i la Religion militan en la tierra ha de haber una continua lucha entre los hijos de la luz i los hijos de las tinieblas, entre los fieles i los infieles, entre los buenos i los malos Cristianos. El modo de pelear ó la táctica del enemigo varía, pero la batalla no cesa. Unas veces á cuerpo descubierto como en los primeros siglos del cristianismo: otras con dolo i astucia como en las edades de los hereges: otras con burlas i desprecios: otras con fementidas caricias i encantos peligrosos. Por eso el Cristiano para conservar su religion pura e intacta debe estudiar estas artes del enemigo i rechazarlas con fortaleza.

Para aplicar á la practica esta doctrina demos

á conocer que especie de combate es el que presenta hoy el mundo á los Cristianos. Ninguno al parecer: sino que en nuestros dias no está en moda la religion, i como todos se van con la moda nadie se atreve á parecer Cristiano: nos avergonzamos de Cristianos porque tememos se burlen de nosotros, que si queremos echarla de piadosos se nos repunte hipócritas, superticiosos i preocupados. I no es éste achaque que proviene de los gobiernos como algunos piensan necia ó picaramente; es achaque del tiempo de ésta época: ni esto nace de los progresos de las luces ni del saber como otros tontamente discurren; sino de la relajación de las costumbres i estincion de la moral pública. Los gobiernos hoy mas que nunca todos, todos están convencidos de la necesidad de la religion: i los sabios i los filósofos de estos tiempos van conviniendo en la verdad i en la divinidad del Cristianismo, como lo esperó el Canciller Bacon. Los malos en el dia están reducidos á una especie de lucha negativa, ellos dicen: somos los mas: somos los que damos el tono: no demos señales de Cristianos, i vendrá á ser moda no parecerlo. Por eso hoy el Cristiano valiente no debe dejarse vencer de la mala vergüenza de aparecer Cristiano: antes bien debe manifestar i gloriarse de su religion i dar muestras de ella con prudencia i candor.

Avergonzarse de ser Cristianos! I porqué? El malvado, decía Tertuliano, cuida de ocultarse, evita ser descubierto: teme ser sorprendido: niega si se le acusa: se lamenta i se aflige viendose condenado, i atribuye su crimen á la fuerza de la pasion, al hado, á los astros: en

una palabra, no quiere confesar que sea suyo lo que no puede negar que es malo: *nolunt enim suum esse, quod malum agnoscunt*. A los Cristianos todo al revés: ninguno se avergüenza de serlo: ninguno se arrepiente de haberlo sido antes: si lo notan, se alegra: si lo acusan, no se defiende: si le preguntan, ¡aun sin preguntarselo, confiesa que lo es, ¡si se le condena, á sus mismos jueces les dá las gracias. ¿Que cosa mala es esta profesion de Cristianos de que se regozija el reo, ¡desea ser acusado, ¡en la pena que sufre cifra su gloria ¡encuentra su felicidad?. *Quid hoc mali est cujus reus gaudet, cuius accusatio votum est et pena felicitas?*

Estos eran los Cristianos de entonces? ¡porqué nosotros no hemos de ser lo mismo? Una misma es la religion que aquellos profesaban ¡que profesamos nosotros ¿porque nos avergonzarémos de ser Cristianos ¡parecerlo? Puede ahora ser motivo de pudor lo que entonces era de gloria? Ea vengamos á razones con los que nos dán en cara con nuestra religion, con los que á buen escapar nos llaman fanáticos ¡preocupados: confrontémos su moral con la nuestra ¡nuestros dogmas con su creencia á ver quienes deben correrse ¡avergonzarse. La moral que me enseña mi religion, decia el obispo Teofilo de Antioquia, inspira modestia en lo exterior; templanza en el ánimo, continencia en las pasiones, castidad ¡pureza en el uso legítimo de una esposa: la moral de los Cristianos, jamás transije con la injusticia, ¡atiende á desarraigar el pecado prohibiendo aun los de pensamiento: abomina el fanatismo ¡la supersticion, respeta la religion pura ¡sincera: su norte es la verdad,

la sostiene la gracia, la protege la paz, la guia i conduce la palabra de Dios: *veritas gubernat, gratia servat, pax protegit: divinum verbum ducit*. El norte de su moral es el interés propio: su apoyo las fuerzas naturales: su escudo la astucia: su guia i maestro el cálculo privado de cada uno. I de tan distintos principios que resultados tan diferentes! Vense estos, comparando la conducta de un Cristiano sencillo, que amaestrado por sus padres i por su Cura no ha estudiado mas moral que la del Evangelio en los ejemplos domesticos é instrucciones del Párroco, con la de los discipulos de esa moral universal, de esa moral de cálculo, de esa moral de moda que se aprende en el mundo, i cuyas lecciones nos están dando los que mas medran por su codicia, por su ambicion bien pensada i bien calculada.

Comparemos asimismo nuestros dogmas con los artículos de su creencia. ¿Se avergonzará el Cristiano que reconoce la esclencia de un alma espiritual, la nobleza de su origen divino, la perfeccion de su ser libre é inteligente: ó el materialista miserable que se tiene por una máquina material de que son puras modificaciones el pensamiento i la voluntad: que mira la libertad como una ilusion i la muerte como el anonadamiento total de todo nuestro ser? ¿Se debe avergonzar el Cristiano de creer en un Dios autor del Universo que lo conserva con su poder i lo gobierna con su sabiduria: ó el que atribuye al acaso la construccion de este maravilloso teatro de bellezas tan admirablemente organizado que dura i permanece en un órden inalterable? ¿I se debe avergonzar el Cristiano de creer una vida futura en la que el

bueno aflijido i oprimido en esta reciba el galardón de sus buenas obras, i el malo opulento en próspera fortuna sufra el digno castigo de sus injusticias é iniquidades: ó el incrédulo practico que, reputando la virtud i el vicio como nombres vanos, solamente tenga por bueno lo que á el le conviene para pasarlo bien i medrar, i por malo lo que perjudica á los proyectos de sus pasiones ó le incomoda, persuadido de que las acciones humanas no conservan responsabilidad mas allá del sepulcro? Si los dogmas de mi fé todos fuesen errores como los tuyos, que es imposible, Dios me los ha enseñado que no puede engañarse ni es posible me engañe: yo me quejaria á él, pero yo te despreciaria que era la respuesta que les daba un padre antiguo. *Domine si error est, á te decepti sumus.*

Hermanos míos, si alguno de nosotros se ve burlado por su creencia, por su religion: si advertimos que se nos mira con cruel compasion, que se muestra esta compasion con burlesca sonrisa, i tal vez se prorrumpe en aquella espresion: ¡que lástima que sea V. de los preocupados: si sufrimos por parecer Cristianos algun desprecio: si notamos alguna frialdad por eso en el trato de nuestros amigos! lejos de corrernos i avergonzarnos, entonces nos debemos alegrar en nuestra humillacion que es una verdadera gloria, i firmes i fuertes en nuestra fé, lejos de ocultarla ó disimularla, la debemos manifestar mas i mas á las claras, para convertir en confusion suya la que ellos quisieron echar sobre nosotros: para que viendonos constantes i contentos en nuestra religion se corran avergonzados de su increduli-

dad. Huyan en hora buena de nosotros: vayan á envenenar almas débiles, esclavas de sus pasiones bajas é ignominiosas.

Manifestemos á las claras que somos Cristianos; pero con prudencia i candor. Cuando oyeseamos impugnar nuestra religion ó burlarse de ella, debemos, dice Santo Tomás, dar á entender que nos es sensible, i aun reprimir aquellas burlas, ó repetir aquellos argumentos para instruir á unos, confirmar á otros y confundir los insultos de los incredulos, si tenemos alguna autoridad sobre los que nos oyen, ó gozamos de buena reputacion con ellos. Pero si no alcanzamos respuestas sólidas i prontas á las dificultades que ellos objetan, despreciamos en nuestro espiritu esos sofismas con que se pretende alucinar á nuestra razon: *si ratio refutare non valet fides irridere debet*. Si tenemos entrando en materia que ecsasperado el adversario, lejos de aprovecharle contradiciendole, se ha de precipitar mas i mas, compadezcamosle en hora buena; pero sin fingir connivencia con sus errores, ni satisfaccion en oirlos; sino mas bien disgusto i dolor. Por nuestra parte lo mejor i mas prudente es no hablar de religion sino con quien la conoce i la aprecia, para no exponerla á las burlas de los irreligiosos, cumpliendo en esto con lo que nos manda nuestro divino Maestro: *nolite dare sanctum canibus*: no hablar de religion sino con oportunidad cuando nos prometemos ser oidos con respeto i aprovechamiento.

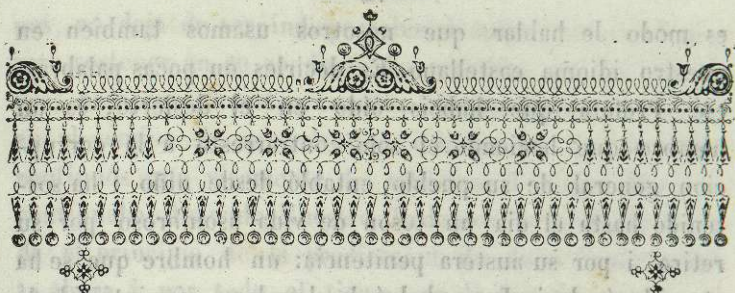
Manifestemos ser Cristianos con sinceridad i candor: nada de hipocresia, nada de doblez. Cuando nuestras acciones nacen del verdadero convencimiento de

nuestra razon, de sinceros afectos de nuestra alma: cuando guardamos en el templo la modestia i debida compostura penetrados de la magestad i grandeza del Señor que aqui habita, no cuidemos de que se diga que somos hipócritas ó beatos. Cuando hablamos de los misterios de nuestra religion con el respeto que les es debido, de la moral i de la virtud con el aprecio que se merecen, del culto, de sus ministros, de las cosas santas en una palabra, con el decoro que corresponde: no temamos pasar por fanáticos i preocupados, que en eso no somos sino racionales i religiosos: la hipocresia arguye doblez: es obrar contra lo que se siente, ó aparentar lo que no se siente en materias de religion i de piedad. La gasmoñeria es falta de discrecion, y deseo de hacerse visibles i notables con raras i estraordinarias muestras de devocion i virtud. No os quiero yo persuadir á que seais hipócritas: os exorto á que os honreis dando sinceras i públicas muestras de religion: que fuertes en la religion que recibimos de nuestros mayores no solo conservemos viva la fé de sus dogmas, resistiendo á los sentimientos carnales de nuestra naturaleza viciada que tiran á debilitarla i oscurecerla; sino que fuertes i valerosos en la profesion de Cristianos arrostrems impávidos las críticas mordaces é impías del mundo, i aparezcamos discipulos de Jesucristo en nuestras acciones i palabras como lo somos en nuestro interior.

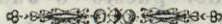
No abandonemos, hermanos mios, por una mala vergüenza, por un temor pueril aquellas practicas religiosas que desde el origen de la religion han pasado hasta nuestros mayores, i han sido siempre la divisa y carac-

ter público i ostensible de nuestra creencia: no nos avergonzemos de estampar la señal de la cruz en nuestras frentes, cuando nos levantemos, cuando nos recojamos de noche á tomar descanso; cuando salgamos de nuestras casas i emprendamos algun negocio de consideracion: el dar gracias á Dios al levantarnos de la mesa: el saludarnos con espresiones religiosas mas bien que con paganas é insignificantes: el tener á la vista en nuestras habitaciones siquiera alguna imagen, alguna pintura que nos represente i escite el recuerdo de Jesucristo, de su Madre Santísima, de sus Santos: el orar brevemente cuando nos convida á hacerlo la costumbre eclesiástica ya para saludar á la Virgen Maria, ya para pedir á Dios el descanso de las almas de nuestros difuntos. Asi en medio de tanto malo como se oye i se ve: nuestra fé permanecerá firme: nuestra religion dará testimonio de nuestra fé: i con nuestras obras i nuestras palabras acreditaremos que, vos solo Señor, sois el que merece ser adorado, á quien adoramos nosotros, á quien amamos y deseamos gozar. *Te oportet adorari Domine* aqui i en la gloria por una eternidad.—AMEN.



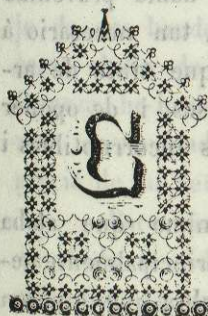


DOMINICA SEGUNDA DE ADVIENTO.



*¿Quid exis in desertum videre?
carundinem vento agitatum?*

Math. 11 v. 7.



OMIENZA Cristo Nuestro Bien el Panegirico de su Precursor Juan Bautista celebrando su heroica firmeza en estas palabras que acabo de decir. Porque preguntar á las turbas: si el que han visto en el desierto es alguna caña endebles que cede al mas leve soplo del viento, es negar eso mismo que pregunta, y afirmar tácitamente de Juan todo lo contrario, que

es modo de hablar que nosotros usamos tambien en nuestro idioma castellano. Es decirles en pocas palabras: ese Profeta que habeis oido en el desierto, es un hombre que haciendo él solo contrarresto á la corrupcion general de su pueblo, entabló desde niño i ha sostenido hasta el dia un teson de vida asombroso por su retiro i por su austera penitencia: un hombre que se ha atrevido á decir la verdad á los hombres, sin intimidarle sus amenazas, i que puesto ya en una cárcel i prócsimo á ser victima de su intrepida i valerosa predicacion no solicita desarmar con viles adulaciones el brazo del tirano, antes espera tranquilo el golpe de la espada para sellar con su sangre la constancia invencible de su Apostolado. Habia el Señor puesto á Juan Bautista sobre la tierra como una ciudad amurallada i abastecida de todos los pertrechos de defensa: como un muro ó torre de bronce, ó una fuerte columna de hierro para que como otro Jeremias arguyese las iniquidades de los Reyes de Judá, de los sacerdotes i Príncipes de Israel, i de todos los pueblos de la tierra que acudian á oir su predicacion; i para estos fines tan arduos, lo habia prevenido con un pecho i ánimo firme i valeroso, tan necesario á todo predicador del Santo Evangelio, que trate de arguir los vicios, de reprehender los abusos, i de oponer al torrente de la relajacion las máximas incorruptibles i severas de Jesucristo.

Pero aun que esta firmeza de animo que alaba Nuestro Redentor en el Bautista, sea principalmente necesaria á los Ministros de la divina palabra que quieren cumplir con su obligacion sin atender á respetos huma-

nos, no deja de ser indispensable á todos los cristianos para sostener en su conducta las practicas de las virtudes, para contrarrestar cuantos obstáculos se les ofrecen en el camino de su salvacion i despreciar los alicientes continuos que vivamente lo solicitan al vicio. Por eso continuaba diciendo Nuestro Redentor á las turbas: desde el principio de la predicacion de Juan Bautista hasta ahora i por todo el tiempo de la ley de gracia, ese Reino de los Cielos que os dice él que está ya cerca de vosotros, es un imperio que se consigue á viva fuerza i solamente los valerosos lo arrebatarán conquistándolo á costa de valor i firmeza. La Bienaventuranza que Nuestro Redentor Jesucristo, mis amados hermanos aunque nos la adquirió comprandola, digamoslo así, por el precio infinito de sus méritos i su sangre: quiere tambien que sea conquista nuestra i recompensa de nuestros combates i victorias: quiere coronarnos con una corona que es aun mismo tiempo corona de gracia i de justicia; i si bien es él quien con su gracia nos sostiene todo el tiempo de la batalla que es el de esta vida, quiere que nosotros como buenos soldados peleemos buena pelea bajo de sus banderas para poder decir como Pablo al acercarse el fin de la campaña. He mantenido mi puesto con firmeza, he hecho mi combate á ley hasta concluir la carrera correspondiendo fielmente á las intenciones i á la gracia de mi Señor Jesucristo *Bonum certamen..... servavi.*

Para pelear pues, i pelear incesantemente por que toda la vida del cristiano es una continuada milicia sobre la tierra, es indispensable una firmeza de ánimo á toda prueba: los enemigos con quienes tenemos

que luchar son muchos, son muy aguerridos, son incansables. Los tenemos exteriores é interiores: el mundo por defuera con sus malos ejemplos: las pasiones i vicios de nuestra voluntad por dentro: unos i otros dirigidos i puestos en acción por el demonio, todos nos combaten sin intermision la mas leve: unas veces intentan apartarnos del bien con temores i males que nos ponen delante: otras veces nos provocan al mal con promesas falsamente alagueñas. El cristiano si quiere salir victorioso, debe mantenerse firme contra los ataques del mundo, i contra los de su propia voluntad, para desconcertar todos los proyectos que urde Lucifer, encaminados á su ruina. Voy, pues, á exortaros á esta firmeza i constancia de ánimo, dandoos á conocer á las claras estas dos clases de enemigos, é insinuandoos como debeis pelear contra ellos para que os conserveis triunfantes hasta el dia de la recompensa.

AVE MARIA.

Quando voy á hablar de los enemigos exteriores de nuestra alma, que todos se comprenden en lo que llamamos el mundo; no hablo del mundo pagano, de un mundo ó de una Nacion compuesta de hereges ó cismáticos que intenten por fuerza arrebatat de nuestros pechos la fé i la religion de nuestros padres: hablo de un mundo como el que nos rodea de unas gentes que conservan todo el exterior del cristianismo, que hacen gala de la religion, i se honran de profesarla mientras que no se opone á sus máximas depravadas: que oyen misa, asisten á los templos, respetan los Ministros i hablan con

decoro de los dogmas i de la moral del Santo Evangelio: pero que á bueltas de estas esterioridades, ni admiten la necesidad de mortificar nuestra carne, con sus apetitos, ni entienden lo que es negarse á si mismo, huyen de la Cruz, de la persecucion i de los trabajos: no se acomodan á perdonar las injurias de corazon, conservan el amor al dinero, cierran sus oidos al clamor de los pobres, porque no encuentran nada superfluo en sus caudales con que deban socorrer las necesidades ajenas: corren tras las modas, las diversiones, i siguen en todo el tono del siglo. Tales, en una palabra, que es necesario acudir á sus templos i á sus libros para distinguir cual es su religion, porque su conducta se equivoca con la de los infieles cultos i moderados. El ejemplo de esta especie de mundo es el que ordinariamente debilita los propósitos i resoluciones de los fieles. I como estos ejemplos son tan numerosos, como se ven tan autorizados, como se insinuan con tal maña i destreza, con tal disimulo, es necesaria una firmeza de ánimo muy valiente para no doblarse ni dejarse llevar de su fuerte impulso. Cuantas veces se dobla nuestro ánimo por una falsa compasion, por un respeto indebido, por una docilidad imprudente! ¿Quienr esiste á unas razones aparentes, doradas con el oropel de la adulacion? ¿Quien se sostiene contra el viento de una fina ironía, de un consejo amistoso en el que se encubre el veneno de la corrupcion? ¿Quien desprecia la opinion pública que condena la inflexibilidad del amante verdadero de la justicia? ¿Quien cierra sus manos á las dádivas corrompedoras de todo lo bueno? ¿Quien hace frente al impetu

de la multitud? Todos lo hacen así: palabra que cierra la boca i hace ceder todos los días á muchos que se reputaban por fuertes en el camino de la virtud. ¿Quien resiste á la autoridad de los que canonizan con el buen crédito de su conducta los abusos i relajaciones? ¿Quien se detiene á discernir con madurez la doctrina del Evangelio embrollada i desfigurada con los sofismas del amor propio?

I ¿donde nos hemos de atrincherar para rebatir tales uracanes? ¿Adonde sino en el retiro como lo hizo San Juan Bautista? ¿I como nos preservaremos de tantos engaños sino consultando al Señor para que no nos suceda lo que á Israel con los Gabaonitas? El retiro i el estudio de la ley de Dios, son los medios que nos han de comunicar fortaleza para vencer los enemigos exteriores de nuestra salvacion. No el retiro al desierto precisamente, sino el retiro que sea compatible con nuestras obligaciones. Cuando nos vemos por presicion embueltos por mucho tiempo en el gran torbellino del mundo, si por casualidad pasamos de aquel bullicio á la soledad i quietud, no advertimos un desvanecimiento en nuestras ideas que apenas deja fijarnos en alguna i notamos extraordinariamente fortalecidas las opiniones mundanas con el peso de los ejemplos que hemos tocado, i con la gran seguridad con que vemos practicarlas tranquilos á casi todos? Pero si nos conservamos solos i sosegados por algun tiempo, todo va tomando un semblante muy diferente: porque las acciones que antes nos deslumbraban por la autoridad del que las practicó i por los elogios que le merecieron entre la

multitud desnudandose de todas las circunstancias que las desfiguraban, se nos presentan ya cuales son; i confrontandolas con la ley aparece su diformidad á las claras. La conciencia hace veces de Juez entonces, i sentencia justamente, como quiera que no hayamos llegado al último punto de la depravacion. Que si á este retiro se junta el estudio del Evangelio, del Evangelio de Jesucristo, de modo que tengamos bien meditadas i dirigidas sus divinas máximas, bien entendidos los sentidos que encierran, bien penetrado su verdadero espíritu; si para hacer esactamente el cotejo entre lo que nos manda Nuestro Redentor i lo que nos enseñan los hombres, i para acertar en nuestras resoluciones, lejos de ir á buscar maestros que adulen nuestros oidos apartandonos de la verdad, é induciendonos con doctrinas fabulosas al error, consultamos al Señor; no fiados tampoco en nuestras propias luces, ni en nuestra prudencia, ni teniendonos por suficiente, para decidir por nosotros mismos i le pedimos nos abra los ojos para conocer las maravillas de su ley Santa: entonces solamente nos podremos mantener firmes contra los vientos de los malos ejemplos, entonces podremos resistir con constancia á nuestros enemigos exteriores i salir triunfantes de sus combates tan peligrosos.

Pero no lo son menos los que nos dan los enemigos interiores que todos vienen á reunirse en nuestra voluntad i de consiguiente, no es menos necesaria la firmeza del Bautista para desvaratarlos. Estos enemigos interiores no son unos mismos en todos los Cristianos. Hay quienes se ven combatidos de hábitos ó costum-

bres viciosas que habiendo dominado por mucho tiempo en sus almas reclaman altamente la posesion que han llegado á tomar, i desvaratar cuantos proyectos de enmienda forma el cristiano, deseoso ya de evadirse de su despótica tiranía. Hay otros que libres de costumbres viciosas no lo están de los ímpetus violentos de las pasiones que de cuando en cuando ponen en el mayor apuro á su alma, i la hacen dar en mil precipicios. Hay finalmente algunos que han conseguido desvanecer casi del todo el imperio de las malas costumbres, i quebrantar los movimientos mas furiosos de sus pasiones; pero aun les queda un enemigo sordo que casi insensiblemente inutiliza todos sus propósitos santos i fervorosas resoluciones, un cierto fastidio de las cosas buenas, una flojedad para los actos de virtud, un apego á su bien estar, que hace omitir las obras de virtud cuando les incomodan. Estos tres diversos estados tienen cada uno sus particulares combates en los cuales debe el cristiano obrar con firmeza para salir victorioso de todos ellos. Ni debe descuidarse el que ha vencido ya sus hábitos viciosos i las pasiones mas descubiertas; porque el enemigo que tiene a su frente no es tan violento como los otros. Pues aquella especie de pereza, aquella veleidad, aquella desgana para lo bueno, si bien no excita tan cruda guerra, mas por lo mismo ocasiona descuidos perjudicialísimos, i poco á poco adelanta tanto terreno para perdernos como otras pasiones harian en corto tiempo.

Contra tantos i tan terribles enemigos ó por mejor decir contra tantos, tan varios i tan formidables asal-